

Trolof: Itinerario de un objeto fúnebre desde un *eltun mapuche* hasta el Museo. Reflexiones en torno a prácticas mortuorias tardías en la Araucanía.

Miguel Chapanoff C.*

RESUMEN: A partir del hallazgo, descripción y documentación de un *trolof* (ataúd funerario monóxilo) extraído de un *eltun* (cementerio) *mapuche* en la comuna de Vilcún, se discuten prácticas funerarias tardías en la Región de la Araucanía y sus antecedentes arqueológicos y etnográficos. La destinación de la urna al Museo Regional de la Araucanía por solicitud de la familia donante y en virtud del consentimiento de la comunidad da pie a una reflexión en torno a la patrimonialización de objetos procedentes de contextos fúnebres *mapuche*.

PALABRAS CLAVE: *trolof*, prácticas mortuorias, *mapuche*, *wampo*

ABSTRACT: Based on the discovery, description and documentation of a *trolof* (monoaxyl funerary coffin) extracted from a Mapuche *eltun* (cemetery) in the Vilcún commune, late burial practices in the Araucanía Region and their archaeological and ethnographic antecedents are discussed. Its assignment to the Araucanía Regional Museum at the request of the donor family and by virtue of the consent of the community gives rise to a reflection on the patrimonialization of objects from Mapuche funeral contexts.

KEYWORDS: *trolof*, mortuary practices, Mapuche, *wampo*

* Antropólogo. Director del Museo Regional de la Araucanía, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Cómo citar este artículo (APA)

Chapanoff, M. (2020). *Trolof: Itinerario de un objeto fúnebre desde un eltun mapuche hasta el Museo. Reflexiones en torno a prácticas mortuorias tardías en la Araucanía*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. <https://www.museoregionalaraucania.gob.cl/sitio/Contenido/Objeto-de-Coleccion-Digital/98742:Trolof-Itinerario-de-un-objeto-funebre-desde-un-eltun-mapuche-hasta-el-Museo>

Introducción

A fines de 2019, un *trolof*¹ (ataúd funerario monóxilo) fue extraído de un *eltun* (cementerio *mapuche*) en la localidad de Quintrilpe, al norte de la ciudad de Temuco, Región de la Araucanía. El artefacto fue hallado de manera fortuita por un grupo familiar mientras excavaban una fosa para sepultar a un pariente recientemente fallecido. Con la finalidad de generar espacio para la inhumación, el ataúd fue removido y depositado en un área marginal del cementerio (fig. 1), desde donde fue llevado posteriormente al Museo Regional de la Araucanía, a petición de la familia y con el consentimiento de la comunidad.



Figura 1. El *trolofy* su tapa en el lugar donde fueron dejados por la familia luego de la extracción (esquina NE del *eltun* de Quintrilpe). Fotografía de Miguel Chapanoff.

En su interior no había restos humanos ni evidencia de ajuar funerario. Solo se encontraron algunos objetos en el sedimento que cubría la urna, específicamente, botellas de vidrio de color verde, fragmentos de fierro enlozado y trozos de metal; sin embargo, por tratarse de una excavación no sistemática, no fue posible determinar si dichos elementos estaban asociados al contexto original —como parte del ofertorio— o a otros eventos de inhumación.

El lugar del hallazgo corresponde a un *eltun* actualmente en uso como espacio funerario por parte de las comunidades *mapuche* Segundo Antinao, Antonio Pirquiman, Juan Acuite Inapil y Santos Curinao. Se ubica en la comuna de Vilcún, Región de la Araucanía, a orillas de la ruta S-227, en medio de un paisaje rural conformado por pequeñas parcelas hortícolas, algunos cultivos semiindustriales y relictos de bosque nativo, restringidos a zonas de quebradas y de difícil acceso. Desde su emplazamiento en un lomaje de mediana altura cortado artificialmente por el camino público, el cementerio cuenta con un dominio visual amplio y continuo del entorno al E, N y W; solo hacia el S una cadena de cerros limita la vista. Como elementos

¹ Para escribir los términos en mapudungún se ha optado por el grafemario unificado, a excepción de las citas, donde se conserva la escritura original del autor.

relevantes del paisaje se identifican el curso del estero Quintrilpe, que corre en sentido E-W unos 800 m al N, y el volcán Llama hacia el E.

El cementerio ocupa una superficie de aproximadamente 5230 m², con 73 m de frente (eje E-W) y 63 m de fondo (eje N-S). El área de inhumación está dividida en cuatro secciones o «cuarteles», cada uno asignado por tradición a una de las comunidades mencionadas. Originalmente, tal distribución estaba delimitada con estacas, primero, de madera, y luego, metálicas; con el tiempo, la demarcación física del espacio fue desapareciendo, pero permaneció la organización simbólica, con una cruz de concreto que se levanta en el centro del cementerio como eje de referencia (fig. 2). Las tumbas están orientadas de este a oeste en todo el recinto.

De acuerdo con la cosmovisión y creencias en torno a la muerte del pueblo *mapuche*, los *eltun*² responden a la necesidad de cobijar el cuerpo y permitir el viaje del difunto (Rodríguez y Saavedra, 2011; Ñanculef, 2016). Su configuración actual es el resultado de complejos procesos de contacto intercultural con la sociedad hispanocriolla y chilena, más la influencia religiosa occidental: así, la



Figura 2. Vista general del *eltun* de Quintrilpe. Fotografía de Miguel Chapanoff.

adopción de símbolos cristianos como la cruz, de la sepultura en profundidad y de la organización reticulada coexiste con elementos propiamente *mapuche*, tales como el ajuar funerario, el patrón de emplazamiento en lugares relevantes del paisaje (con presencia de volcanes como elementos dominantes y cercanía a cursos de agua), la orientación de las tumbas hacia el E y el carácter comunitario vinculado a territorios de tradición parental común. Los *eltun* no son

² De acuerdo con Latcham (1924), «además del término *eltun*, que se deriva del verbo *eln* dejar en alguna parte, dar sepulturas; los cementerios, especialmente al sur del Toltén, se llamaban, *püllil*—lugar de los espíritus, derivado de *püllü* espíritu, y no de *pulli* o *Püüle*—tierra o suelo. En mapuzungún existe el verbo *elü* que significa enterrar y *tuwün* es lugar de origen / donde se regresa. Ambos podrían dar origen al término *elütuwün* que denomina la ceremonia fúnebre mapuche» (p. 524). Augusta (2017) define los términos *eltun* y *eltruwe*, indistintamente, como ‘sepulcro’, aunque Erize (1960) afirma que el primero se refiere, más bien, al ‘acto de sepultar o enterrar’. Ñanculef (2016) también denomina como *eltun* al cementerio, precisando que en todos ellos se cumplió con la norma «de tiempo y espacio de la cosmovisión mapuche», consistente en estar «orientados mirando hacia el este, el paradigma mental por excelencia de pensamiento positivo y reverencia del pueblo mapuche» (Ñanculef, 2016, pp. 70-71).

espacios funerarios de escala amplia, sino que se vinculan directamente con la territorialidad local-comunitaria y su forma de organización; de acuerdo con Morales (2002), sus límites espaciales se corresponden con los sociales y territoriales de quienes participan en el *nguillatun*.

El hallazgo y extracción del artefacto funerario se produjo en el cuadrante NW del cementerio, tradicionalmente ocupado por la comunidad Santos Curinao, la cual –al igual que las otras tres comunidades– se organiza en núcleos familiares con vínculos de parentesco en torno a un antepasado fundador del linaje. El uso tradicional del espacio funerario por parte de cada comunidad supone que quienes han sido sepultados allí están relacionados parentalmente con las familias actuales, que los refieren genéricamente como «antepasados». Tal vínculo otorgaría derechos consuetudinarios de carácter familiar y comunitario sobre la administración del espacio funerario, así como de los elementos materiales y restos humanos contenidos en él, lógica conforme a la cual se habría efectuado el mencionado proceso de sepultación a fines del 2019 y el tratamiento de los restos mortuorios encontrados durante la excavación de la fosa.

De acuerdo con la interpretación de la familia, el ataúd de madera que denominan «*wampo*» sería un componente inferior y, por tanto, más antiguo de una estratigrafía de inhumaciones realizadas en el mismo lugar, en la cual identificaron, al menos, tres eventos. En el nivel superior, a unos 60-80 cm de profundidad, se encontraron restos óseos y pelo presumiblemente humanos asociados a textil; conjeturan que se trataría de una niña envuelta en un chamal enterrada directamente en una fosa. A una profundidad mayor, pero indeterminada, aparecieron restos humanos que identifican como los de un adulto, asociados a elementos de hierro y aperos de montar; además, hay restos de tela, botones, trozos de cuero y piezas dentales reconocidas como de equino. En consideración del ajuar ecuestre, la familia concluye que debió tratarse de un sujeto masculino con una posición social relevante dentro de la sociedad *mapuche*. Finalmente, a unos 2 metros de profundidad, se halló el *trolof* con su tapa in situ.

Mientras se desarrollaba la excavación, los restos materiales y biológicos aparecieron de manera no organizada, y, tal vez, los elementos más significativos fueron apartados y agrupados junto al acopio de sedimento, para ser reintegrados cuando se procediera al cierre de la fosa. El reentierro se efectuó sin un orden establecido, ceremonia o tratamiento especial. Algunas semanas después, durante la visita a terreno, todavía era posible observar distintos restos dispersos de manera superficial en el domo de la tumba (fig. 3).



Figura 3. Materiales extraídos de la fosa durante la excavación. Mientras que la mayoría fue reintegrada al momento del cierre de la fosa, algunos elementos fueron dejados en la superficie, próximos al domo de la tumba. La vela y el jarro de fierro enlozado fueron dispuestos como ofrenda durante la sepultación reciente. Fotografía de Miguel Chapanoff.

Una prospección arqueológica preliminar no intrusiva permitió identificar fragmentos de cerámica distribuidos en toda el área del cementerio. Aunque la tradicionalidad de las técnicas dificulta su adscripción cronológica, es probable que el cementerio posea un componente prehispánico, además de la evidente ocupación histórica y subactual (Munita, 2020 Ms).

Prácticas mortuorias en la Araucanía. Antecedentes arqueológicos

Comprendida entre el sur del río Maule y la costa de Llanquihue (Menghin, 1962; Castro y Adán, 2001; Aldunate, 1989; Navarro, 2004), el área arqueológica del centro-sur de Chile – hábitat histórico del pueblo *mapuche*– posee una larga tradición de prácticas funerarias, al menos, desde el Arcaico (7000-2000 años AP), período caracterizado por adaptaciones a distintos ambientes ecológicos (Adán *et al.*, 2004). Así lo demuestran los sitios Marifilo 1, a orillas del lago Calafquén, y Chan Chan, en la costa valdiviana, donde se han registrado prácticas de entierro con fechas de 5940 AP (Mera y García, 2004) y 5000 ± 70 y 5320 ± 150 AP (Navarro y Pino, 1999), respectivamente. En ambos se encontraron cuerpos depositados de cúbito lateral derecho, en posición flectada y con ofrendas líticas asociadas (Mera y García, 2004). Se trataría de entierros simples, con el cuerpo depositado directamente en la tierra.

Para el período Alfarero, que abarca los últimos 2000 años AP, la mayoría del registro arqueológico estudiado proviene de cementerios, lo que ha permitido conocer mejor la variabilidad regional de las prácticas funerarias

(Aldunate, 1989; Castro y Adán, 2001; Navarro, 2004). Así, se han identificado distintas modalidades de entierro, incluyendo inhumaciones directas e indirectas, tanto primarias como secundarias (Pérez *et al.*, 2019). A partir de la tipología cerámica y, precisamente, de la funebria (modos de entierro y ofertorios), se han descrito y analizado dos complejos culturales (Aldunate, 1989): uno más temprano denominado «Pitrén» (400-1100 d. C.³, aproximadamente) y otro más tardío llamado «El Vergel» (1000-1500 d. C.) (Quiroz, 2001, 2010).

Pitrén se caracteriza por poblaciones de economía mixta (caza-recolección y horticultura), portadoras de un estilo tecnológico cerámico muy pauteado, que ocuparon ambientes litorales, cordilleranos, precordilleranos lacustres y cursos medios de ríos (Adán y Mera, 2011). Habrían practicado sus entierros en cementerios familiares y comunitarios, los cuales adoptan distintas expresiones según el nicho ecológico en el que se ubican: en los valles de la cuenca del Cautín, por ejemplo, son de mayor envergadura y heterogeneidad respecto de aquellos en el área precordillerana del Calafquén —lo que, a su vez, sugiere grupos comunitarios de mayor tamaño y organización, versus organizaciones familiares, probablemente extendidas, de mayor dispersión y segmentación— (Aldunate, 1989; Adán y Mera, 2011). Con todo, las similitudes en los patrones de emplazamiento, disposición y orientación de los cuerpos reflejarían un sistema de creencias compartido de amplia cobertura espacial, el cual se proyecta hacia fases más tardías (Adán y Mera, 2011). La mayoría de sus entierros son primarios, algunos únicos y otros múltiples, en fosas excavadas en la tierra sin contenedores para los cuerpos (Ocampo *et al.*, 2004).

Por su parte, El Vergel (Aldunate, 1989; Dillehay, 1990; Quiroz, 2010) sugiere un modo de vida basado en una economía orientada a la agricultura y la domesticación de camélidos, complementada con caza y recolección, y con el desarrollo de textilería y metalurgia (Bahamondes, 2009). Su modalidad de inhumación más representativa es el enterratorio en urnas de cerámica (Campbell, 2004), la que coexistió con diversos otros patrones funerarios, tales como la inhumación de cuerpos rodeados de piedra (cistas), los entierros simples con cuerpos en posición extendida, depositados directamente en la tierra, y las canoas funerarias (Latcham, 1924; Bullock, 1955, 1968; Menghin, 1962; Gordon, 1978; Aldunate, 1989; Quiroz, 2001; Bahamondes *et al.*, 2006). A este período se asocian también los *kuel*, montículos artificiales con usos

³ Para Adán y Mera (2011), el complejo Pitrén abarcaría entre los años 300 d. C. y 1500 d. C., aproximadamente.

funerarios, rituales y ceremoniales (Dillehay y Saavedra, 2011), correspondientes a las sepulturas bajo túmulos elevados referidas por Gordon (1978) y Latcham (1924). Este último autor los describe de la siguiente manera:

el cadáver se colocaba sobre el suelo sin hacer ninguna excavación; pero que en muchos casos se levantaba en su contorno una baja pirca o muro de piedra seca. Probablemente se cubría ésta con ramas o cañas, para cerrar el sepulcro, y sobre el cual se amontonaba tierra y piedras, hasta formar un túmulo, a menudo de no despreciables dimensiones. (Latcham, 1924, p. 524)

Para Campbell (2004), es probable que «la sepultura al interior de un *kuel* corresponda a un “sub-patrón” de entierro, en donde la persona podría ser depositada en una urna, cista o canoa» (p. 39); esta misma idea ya había sido planteada por Latcham (1924), quien refiere que «el cuerpo era depositado en una canoa colocada directamente sobre el suelo, la cual, una vez concluidos los ritos funerarios, se cubría con tierra y piedras» (p. 524).

La variedad de patrones funerarios descritos para la fase arqueológica tardía —algunos de los cuales están presentes hasta tiempos históricos, y cuya distribución diferencial tanto en el tiempo como en el espacio no es del todo conocida (Castro y Adán 2001)— nos enfrenta a un panorama de diversidad que contrasta con la tendencia más bien homogeneizadora de las tipologías cerámicas (Campbell, 2004). Esta característica del registro fue observada por Bullock (1955), quien plantea la posibilidad de que «no todas las tumbas correspondan a una misma civilización o cultura; o bien que dentro de una misma cultura no se enterraba a la gente de una misma forma» (p. 75). Algunas de estas prácticas suponen una profundidad temporal hasta tiempos arcaicos, sin embargo los estudios etnohistóricos y etnográficos aún no han clarificado de qué manera se desarrollaron sus procesos de coexistencia y abandono, y cómo pudieron influir en ellos las dinámicas de contacto colonial (Campbell, 2004).

Los entierros en canoa o *trolof*

Los entierros en *trolof*—es decir, en canoas elaboradas a partir de un tronco ahuecado— se encuentran presentes en toda la Araucanía, a excepción de las islas litorales (Campbell, 2004), distribuidos principalmente entre el Biobío y el lago Ranco. Al sur del Toltén prevalecería, en cambio, el sistema de entierro directo en la tierra (Castro y Adán, 2001).

Desde un punto de vista temporal, prácticamente la totalidad de sitios con presencia de *trololf* han sido adscritos al periodo histórico poscontacto, hasta mediados del siglo xx⁴. Sin embargo, en consideración al fechado del sitio Padre Las Casas (1280 ± 80 d. C.) (Gordon, 1978), asociado a una canoa funeraria identificada por su negativo en el depósito, se ha supuesto una temporalidad más temprana y, por ende, su contemporaneidad con anteriores modalidades de entierro⁵. Investigaciones más recientes consideran de manera tentativa que tanto cistas como *trololf* serían anteriores al siglo xvi (Bahamondes *et al.*, 2006)⁶.

El contexto en que se presenta este tipo de entierro corresponde a áreas de inhumación colectiva de carácter familiar o comunitario coincidentes con los elementos, prácticas y organización espacial que definen un *eltun mapuche*. Los *trololf* se encuentran en cementerios monocomponentes como los sitios Huitag (Menghin, 1962), Pitraco 1 (Inostroza, 1985), Cementerio Palguín (Sanhueza *et al.*, 1988) y San Pablo 1 (Inostroza, 1981, en Becerra, 2000); o bien en contextos de componente mixto junto a la modalidad de cistas, como ocurre en los sitios Ralipitra (Valdés *et al.*, 1985) y El Membrillo (Raymond, 1971); o junto a ataúdes de tablas⁷, tal como se observa en el cementerio Romero Burgos, Padre Las Casas (Ponce, 2009 Ms.). Un caso interesante es el del sitio Gorbea 3, cementerio *mapuche* de fines del siglo xix localizado en la comuna homónima (Gordon y Monleón, 1972-73), donde predominan las sepulturas en canoas, tanto depositadas sobre la superficie como enterradas en fosas. En un par de tumbas se identificó la modalidad de parihuelas, y en otras dos el cadáver habría sido rodeado por trozos de cerá-

⁴ La mayoría de las estimaciones no se basan en fechados absolutos, sino por asociación con materialidades tardías. Uno de los primeros en asignar temporalidad a los entierros en *trololf* fue Menghin, quien, refiriéndose al sitio Huitag, cercano al Calafquén, sostiene: «El hecho de que en esta tumba se hayan conservado objetos de hierro, hueso y madera aduce en favor de una fecha bastante reciente. Pienso en la primera mitad del siglo xviii» (Menghin, 1962, p. 41).

⁵ Hasta antes de este fechado se había asignado a la canoa una fecha relativa alrededor del 1800 d. C. (Campbell, 2004).

⁶ De acuerdo con Juan Ñanculef (2016, p. 70), quien se basa en referencias de la tradición oral, la antigüedad de los entierros en *trololf*, que él refiere como «*wampos*», se remontaría a los siglos xvii y xviii.

⁷ Pese a que este contexto es tardío (principios del siglo xx), el uso de ataúdes de tablas ya aparece descrito por Núñez de Pineda (1673/1863): «Con los azadones ahondan todo lo que es menester, si bien no hacen más de ajustar unos tablones que sirven de atahud. Estos llevaron hechos al propósito, tres de estos para el plan y asiento del cuerpo que tendrían más de vara y media de ancho, que al propósito es el cajón espacioso y ancho por lo que ponen dentro: ajustaron los tablones en la tierra y pusieron el difunto dentro de esta caja y después trajeron otros tres tablones ajustados para poner encima y taparle» (pp. 192-193).

mica formando un perímetro rectangular⁸. También se registraron sepulturas con los cuerpos dispuestos directamente sobre el suelo, cubiertos con tierra o pasto (Monleón, 1976).

La mayoría de las tumbas en *trolof* corresponde a sepulturas individuales con disposición de ofertorios cuya materialidad refleja distintos grados de aculturación y contacto interétnico. En general, la asociación con otras modalidades de inhumación se manifiesta espacialmente a nivel de cementerio. Sin embargo, el sitio Padre Las Casas presenta una asociación única con urna cerámica y canoa en la misma tumba, en un contexto de sepultura doble (Gordon, 1978). Algo parecido ocurre en el sitio El Membrillo, adscrito a fines del siglo XVIII y principios del XIX, donde una canoa fue encontrada al interior de una cista (Raymond, 1971), y en el sitio Gorbea 3, que presenta sepulturas dobles con dos canoas superpuestas, una dentro de la otra (Gordon y Monleón, 1972-73). De acuerdo con la interpretación de Gordon, esta modalidad correspondería a la inhumación de un niño dentro de la sepultura de un adulto (presumiblemente, una madre con su hijo/a), en procesos de entierro diferidos en el tiempo (Gordon, 1978).

Según Latcham (1924), el entierro en canoas al interior de fosas sería un producto de la influencia española, pues en tiempos prehispánicos habría predominado un sistema de sepultación superficial, donde la canoa, depositada sobre el suelo, se cubría con tierra formando un montículo. Los cronistas coloniales, de hecho, describen varias otras modalidades distintas del entierro en fosas. Bibar (1558/1966), por ejemplo, dice que

entierran a las puertas de sus casas en un alto que es hecho con dos horcones gruesos, y ponen dos a manera de artesas⁹ angostas arriba. Métenle en una y cúbrelo con la otra. (p. 156)

González de Nájera (1614/1889), en tanto, refiere:

Sus entierros son debajo y encima de la tierra [...]. Los enterramientos de los caciques son algo levantados de la tierra, porque ponen sus cuerpos entre dos grandes artesones¹⁰ cerrados, hueco con hueco, y encajado entre dos árboles juntos o sobre fuertes horcones, y esto es el fin de sus vidas y paraderos de sus cuerpos. (pp. 49-50)

⁸ Refiriéndose a Gorbea 3, Gordon (1985) señala: «En ese cementerio se excavaron tres sepulturas de mujeres, cuyos cadáveres fueron colocados directamente sobre la superficie del terreno y recubiertos con pasto y tierra. En los tres casos, fragmentos de una olla circundaban al difunto formando, al parecer, un recinto sagrado e inviolable a su derredor» (p. 60).

⁹ Cajón cuadrilongo generalmente monóxilo en forma de tronco de pirámide invertido, para amasar pan y para otros usos.

¹⁰ Recipiente generalmente monóxilo de base redonda, cóncava o cuadrada que sirve para fregar.

Esta manera de disponer el cadáver al interior de una canoa sin que esta fuese luego enterrada también aparece consignada por Cooper (1946), quien sostiene su origen prehispánico.

El entierro de las canoas en fosas parece haber sido una modalidad recurrente para mediados del siglo XIX. En algunos casos, la canoa podía ser un contenedor abierto, como se desprende de la escena descrita por Domeyko en 1846:

al sacar la fatal canoa del hogar doméstico [...]; i al deponer los restos en el foso, los riegan empapan bien con la bebida, i meten adentro de la tumba todo lo que había sido del gusto del difunto durante su vida. (pp. 58-59);

o bien podía tener tapa, como en el caso de aquella utilizada en el entierro del cacique Cathiji en Calafquén, presenciado por Claudio Gay (1835) (fig. 4): «El ataúd [...] era simple y rústicamente trabajado, consistía en dos canoas colocadas una encima de la otra, con el fin de cerrarse» (Gay, en Cabezas, 2011). Coincidentemente, Pascual Coña relata en 1849 que en el bosque «encuentran un grueso roble apellinado y se ponen a trozarlo. Cortado un trozo, empiezan a ahuecarlo a hachazos. Además, labran una tapa para cubrir el cadáver» (Moesbach, 1930, pp. 397-398). Lo mismo observa Subercaseaux en 1888, quien señala que el muerto



Figura 4. Gay, C. «Entierro del cacique Cathiji», 1845. Al centro se observa un *trolof* con tapa. Fuente: Gay, C. (1854). *Atlas de la historia física y política de Chile*. París: Imprenta de E. Thunot. Biblioteca Nacional de Chile, n.º sist. 82854.

es colocado en una especie de batea formada por el tronco horadado de un roble, dentro del cual ponen el cadáver, tapando herméticamente las rendijas con greda y otras sustancias destinadas a impedir la penetración del aire. (p. 98)

Robles (1910) corrobora que «a veces son dos las canoas para encerrar el cuerpo, en una de las cuales reposa i la otra que le sirve de cubierta. Suelen también emplear una tercera que colocan sobre la fosa a modo de lápida» (p. 84). Hacia 1939, Hilguer informa que en la zona de Coñaripe, Alepúe y Panguipulli coexisten el entierro en ataúd de tablas y en *trolof*. Este último, explica,

son dos mitades de un tronco tallado, cada uno con la forma de una canoa excavada. Tal ataúd se llama *trolof*. El hueco de cada mitad tenía que cuidar la mitad del cuerpo. Hecho esto, la otra mitad se coloca en su posición y las dos mitades se unen firmemente con una vid [...]. Anteriormente, la tumba era tan poco profunda que la parte superior del ataúd se asomaba por encima del suelo. Hoy todos los entierros están debajo de la superficie de la tierra. (1957, pp. 163-164) (fig. 5)



Figura 5. Autor desconocido. Fotografía de un funeral *mapuche*, probablemente hacia mediados del siglo xx. En primer plano se aprecia un *trolof* con su tapa sujeta con cuerdas. Archivo Histórico del Obispado de Villarrica, Diócesis de Villarrica, s. n.

Una modalidad distinta consiste en usar el *trolof* no para contener el cuerpo, sino para cubrirlo, es decir, como un elemento protector (Latcham, 1924, p. 524). Así se observa en algunas tumbas del sitio Gorbea 3 y en Pitraco 1, donde se identificó la sepultura de una mujer cuyo cadáver fue depositado directamente en la tierra y posteriormente cubierto con un tronco de madera ahuecada (Inostroza, 1985). Semejante práctica fue testimoniada asimismo por Eulogio Robles a principios del siglo xx, en el funeral de una mujer *lafkenche* en la zona costera del lago Budi:

Abierta la sepultura, fue bajado el cuerpo en las mismas angarillas cubierto con sus ropas i un gran *pontro*. El cuerpo dentro de la sepultura conservó la posición que tenía en el campo: de oriente a poniente [...]. Un haz de palos de coligüe aguzado en uno de sus extremos fue puesto en el hoyo por una vieja a fin de que la muerta se sirviera de ellos como asadores. Con un tronco de roble ahuecado que denominan *lufco*¹¹ se cubrió el cadáver. (Robles, 1910, p. 15)

Y también durante el entierro del cacique Hullío Lienan en 1908:

El *wampo* esperaba al lado de la fosa recién abierta [...]. Descendió un individuo al hoyo i por medio de cuerdas se bajó después el cuerpo... para acostar el cuerpo se había puesto en la fosa un *pontro*, i el indio que había bajado comenzó a rodearlo de comestibles i cántaros de *mudai*. Descendió otro para ayudarlo a colocar el *wampo*, que fue bajado por cuerdas i, disponiéndosele en forma que tapara completamente el cadáver, los indios subieron... Se roció enseguida el *wampo* con vino, aguardiente i *muday*; se le arrojó carne asada i cruda i se le vaciaron ollas de caldo. Luego ocultaron todo a la vista las paladas de tierra con que rápidamente llenaban la fosa algunos mapuches. (Robles 1910: 180-182)

¿*Wampo* o *trolof*?

Se ha planteado la posibilidad de que los troncos ahuecados utilizados con fines funerarios puedan corresponder a canoas monóxilas, embarcaciones utilizadas en la zona centro-sur de Chile desde tiempos prehispánicos. Esta discusión se ha dado también en Europa, donde embarcaciones y ataúdes elaborados a partir de un tronco, similares en forma y técnica constructiva, aparecen de modo confuso a lo largo del registro arqueológico desde el Neolítico hasta el siglo xv (Barnsley, 2012). McGrail (1987) advierte que troncos ahuecados cuya función única es servir de ataúdes a menudo han sido identificados erróneamente como embarcaciones monóxilas. Para distinguirlos adecuadamente, Mowart (1996) sugiere examinar aspectos formales relacionados con la funcionalidad náutica, considerando atributos como la capacidad, equilibrio y proporción que requiere un artefacto destinado a la navegación. Sin embargo, ello requiere una sistematización extensa en términos tipológicos y cronológicos, y un registro detallado de cada uno de los contextos, muchos de los cuales presentan baja resolución por tratarse de hallazgos fortuitos y con malas condiciones de conservación.

¹¹ Desconocemos el significado de este término. Podría estar relacionado con *lewfi* 'río' y *co* 'agua', o bien con *liif* 'quemado' (*liif* + *co* 'agua que quema'). Guevara consigna la palabra *lifco*, con la cual se denomina una canoa elaborada de un tronco ahuecado que es puesta sobre la sepultura a modo de lápida (no se trataría de un contenedor para el cuerpo).

En la tradición oral y la literatura disponible para el área *mapuche*, ambos artefactos han recibido en español el nombre de «canoa». Sin embargo, en mapudungún existen términos distintos para uno y otro, tal como lo acota Gordon (1978), quien precisa que «*wampo*» se utilizaría para referirse a las embarcaciones, y «*trolóf*», al ataúd.

Según Latcham (1924), el ataúd *mapuche* denominado *tholóv* o *trolóv*¹²

se compone de los troncos de dos árboles, ahuecados con el hacha y el fuego y se asemejan en todo a las antiguas piraguas o canoas. Difieren en forma y tamaño, según la región. Al norte del Cautín, se usa ordinariamente una canoa de dimensiones suficientes para contener el cadáver y se tapa con tablones toscamente labrados. Más al sur, la canoa es más grande, para permitir la inclusión en ella de las provisiones destinadas al muerto; y a veces se tapa completamente con otra de mayores dimensiones aún. (p. 514)

En su diccionario, Augusta (2017) menciona que el *trolóf* es una canoa «con tapa y que sirve de ataúd» (p. 219), la cual va cubierta por otra más grande, puesta boca abajo, llamada *traygenel*; coincide en ello Erize (1960), quien además precisa que ambos artefactos —que denomina, respectivamente, *chrolóv* y *chariguenel* (‘cosa hueca, cóncava’)— eran utilizados por los *mapuche* costeros chilenos.

Ahora bien, Latcham (1924) advierte que al norte del Cautín el ataúd se denomina «*huampu*», misma voz utilizada para designar la ‘canoa’, objeto cuya técnica de manufactura describe como exactamente igual a la del primero, en términos de que ambos se fabrican a partir de un tronco ahuecado. En efecto, el autor es el primero en plantear la probabilidad de que en la costa se hubiera enterrado a los muertos en embarcaciones de este tipo, práctica que luego se habría difundido al interior hasta generalizarse y volverse tradicional. Lenz (1897), en cambio, al referirse al término, no atribuye al artefacto respectivo una función específica¹³:

wampu como en castellano chileno canoa no se usa solo en el significado de «embarcación» sino significa cualquier tronco de árbol ahuecado, como los indios lo usan para

¹² *Tholóv* ‘cosa hueca’; la pieza que lo cubre la denomina *tharincúl* (‘meter en un envoltorio o atado’) (Latcham, 1928).

¹³ Tanto Lenz como Latcham coinciden en señalar que el término *huampu* o *wampu* es de origen quechua, idea que seguramente tomaron de autores anteriores como Febrés, A. y Hernández, A. (1846). *Diccionario chileno-hispano*. Santiago: Imprenta de los Tribunales. Al respecto, ver Sánchez, G. (2020). Los quechuismos en el mapuche (mapudungu(n)), antiguo y moderno. *Boletín de Filología*, 55(1), 355-377. Lenz cita al médico y antropólogo Ernst Middendorf.

hacer chicha de manzana, y según se ve aquí, para enterrar a los muertos. El pueblo bajo llama canoa un canal de madera que sirve para conducir agua cruzando por encima de otra acequia. (p. 322)

En consideración de la evidencia disponible hasta ahora para el área *mapuche*, comparto con Lira (2007) que no es posible establecer por el momento que canoas monóxilas funcionalmente diseñadas y utilizadas para navegar hayan sido efectivamente empleadas como contenedores funerarios. Por un lado, la mayoría de las embarcaciones de este tipo halladas a la fecha –las cuales solo recientemente comienzan a ser sistematizadas– no se vinculan con contextos mortuorios; por otro, los troncos ahuecados utilizados para este fin no presentan las características formales, de tamaño y diseño apropiadas para cumplir funciones náuticas. Con todo, en una interesante fotografía de un funeral *mapuche* datada hacia 1900¹⁴ (fig. 6) se observa un artefacto monóxilo, el cual por su forma y proporciones podría corresponder a un *wampo* o canoa: si bien la imagen no muestra su uso como contenedor de un difunto, el contexto así lo sugiere. Por lo demás, lo usual era que primero se dispusiera el contenedor vacío en el fondo de la fosa y después se colocara el cuerpo, el que debía ser transportado en angarillas u otro soporte al lugar de sepultación.



Figura 6. Autor desconocido. «Entierro mapuche», c. 1900. Imagen postal impresa por el editor Carlos Brandt, Concepción. Al centro se observa un objeto que probablemente corresponda a una canoa monóxila, considerando sus aspectos formales. Colección Museo Histórico Nacional, n.º inv. PI-1360.

¹⁴ Si bien el editor original de la fotografía la rotuló como un «entierro mapuche», en la imagen no se aprecian indicios claros de que sea este el motivo de la reunión, aunque tampoco se observa evidencia que induzca a descartarlo.

En cuanto a la posibilidad planteada por Lira (2007) de que los *trolof* constituyan algún tipo de representación simbólica de un artefacto náutico vinculada a la ritualidad funeraria en virtud de la importancia del agua y la navegación en la tradición *mapuche*, me parece que la evidencia arqueológica, etnográfica e histórica disponible no es suficiente para sustentar tal idea.

El *trolof* de Quintrilpe.

Registro y documentación de un artefacto funerario *mapuche*

El primer registro del *trolof* se efectuó en el cementerio *mapuche* Santos Curinao en enero de 2020, en el lugar y condiciones en que fue depositado luego de su extracción. La visita a terreno contempló observación directa no intrusiva sobre el terreno, registro fotográfico y posicionamiento satelital. De manera complementaria, se realizó una entrevista no estructurada a dos informantes que participaron del hallazgo, la cual fue registrada en libreta de campo. Lo observado en el lugar resultó consistente con la información

entregada previamente por un familiar en el Museo Regional de la Araucanía.

Se trata de un artefacto monóxilo, probablemente en madera de pellín¹⁵ (especimen viejo de la especie *Nothofagus obliqua*), elaborado mediante una técnica extractiva de desbaste para generar una cavidad interior (fig. 7). Por las huellas de labrado se infiere que para su tallado interior se utilizaron herramientas manuales metálicas de, al menos, dos tipos: un hacha de hoja recta y una azuela de hoja curva o *maichugüe*. Ambas herramientas fueron aplicadas de manera longitudinal en el sentido



Figura 7. *Trolof* extraído del *eltun* de Quintrilpe; vista cenital sin tapa (arriba) y con tapa (abajo). Se observan sedimentos y materiales culturales depositados en la base, además de huellas de labrado. Museo Regional de la Araucanía, Colección Arqueológica de Estudio, n.º reg. 002.2020. Fotografía de Gastón Calliñir Schifferli.

¹⁵ La determinación tentativa de la madera se efectuó a partir de la observación de sus características macroscópicas. Color, corteza y vetas son coincidentes con la especie señalada.

de la fibra de la madera. Marcas de corte rectas escalonadas en las caras anterior y posterior indican que, probablemente, se utilizó un hacha para dar a estas últimas un acabado recto.

La caja o cuerpo de la urna posee medidas exteriores máximas de 216 cm de largo, 62 cm de ancho y 45 cm de alto. En uno de sus costados exteriores presenta una sección longitudinal semicircular con corteza, correspondiente a la forma natural del tronco, mientras que el costado opuesto luce un labrado de terminación recta sin corteza.

Las paredes laterales son de espesor regular en toda su longitud, en promedio, de 5 cm; las paredes anterior y posterior, en tanto, registran un grosor de entre 7 y 9 cm. La profundidad interior se controló en 6 puntos: los 4 vértices interiores de su base y 2 puntos medios tomados en la intersección de las paredes laterales y la base interior. Las profundidades interiores en los vértices midieron 29 cm, 27 cm, 21 cm y 22 cm, mientras que las profundidades medias junto a cada pared lateral fueron de 27 cm y 23 cm.

En la inspección de las paredes y base tanto exteriores como interiores no se observaron incrustaciones ni improntas de elementos metálicos. Conforme a los relatos de nuestros informantes, el cuerpo principal del *trolof* se encontraba con su tapa *in situ* al momento del hallazgo, la cual estaba fijada con alambre acerado; pese a ello, no se detectó evidencia de trozos de alambre, aunque incisiones transversales en la cara exterior de la tapa, de sección circular y trazado recto, sugieren posibles huellas de sujeción.

La base interior de la urna presenta un orificio de sección semirectangular de 12 x 8 cm, ubicado relativamente al centro y que atraviesa la base en todo su espesor. Según la interpretación de nuestros informantes, podría tratarse de una apertura intencional para el escurrimiento de los líquidos originados por la descomposición del cuerpo. La sección expuesta del orificio no muestra, sin embargo, cortes intencionales ni huellas del uso de herramientas. Considerando la estructura macroscópica de la madera y su fibra, es posible que corresponda a un nudo del árbol desde donde se extendía una rama que se descompuso de manera diferencial.

El estado de conservación es relativamente bueno en cuanto a las propiedades estructurales. La madera se encuentra estable, sin signos visibles de saturación por humedad. Las paredes anterior y posterior se aprecian erosionadas e incompletas en su sección superior por descomposición orgánica, a diferencia de las paredes laterales, que presentan buenas condiciones estructurales. La madera en su conjunto presenta diversas formas de erosión, además de huellas de organismos incrustantes (probablemente xilófagos), hongos y presencia de insectos.

La tapa de la urna está elaborada, al igual que la caja del ataúd, en madera labrada mediante ahuecamiento. Presenta paredes laterales, anterior y posterior de manufactura recta. Su interior es recto, en tanto que su exterior presenta la forma semicircular de la pared exterior del tronco, con presencia de corteza. Las paredes laterales se encuentran fracturadas longitudinalmente, lo que afecta estructuralmente la pieza. Las fracturas se habrían producido durante la extracción del artefacto, debido a una manipulación deficiente. La cubierta de la tapa presenta huellas de erosión, pérdida de material y un estado de degradación considerable. Un orificio en su sección central se extiende longitudinalmente en la pieza.

En laboratorio se procedió a montar la tapa sobre el cajón del *trolof*, verificándose que, pese a las deformaciones esperables por las condiciones de su depósito y posterior exposición a un ambiente no controlado, poseía un encaje bastante regular y preciso. La observación de las vetas exteriores de la madera y la forma de ambas piezas permite proponer que tanto la tapa como la caja del *trolof* están elaboradas a partir de un mismo árbol, el cual fue partido en dos de manera longitudinal, aunque no exactamente en su sección media.

En el interior de la urna hay depósitos y adherencias no extensivos de sedimento limo-arcilloso de granulometría fina, que se corresponde con la composición del suelo del lugar donde se encontró. Además, hay restos de vegetales secos, depositados con toda seguridad una vez extraída. No se observan restos óseos en su interior, pero adheridos a su base se identificaron un botón pequeño de color blanco, de material indeterminado, y dos fragmentos de tela de distinta textura y color, los cuales aún no han sido analizados. Considerando las características del contexto, es posible estimar en forma preliminar que el *trolof* de Quintrilpe posee una data relativa correspondiente a la primera mitad del siglo xx.

Artefactos indígenas de uso fúnebre en los museos. Una discusión necesaria

Artefactos fúnebres, de origen ritual y/o sagrados, junto con restos humanos, conforman un conjunto de materiales que, por su carácter, origen, significado e implicancias éticas, se encuentran en el centro de discursos, debates y conflictos (Martínez *et al.*, 2014). Englobados bajo la denominación de «materiales sensibles», varios códigos de ética profesionales y museológicos subrayan que deben ser objeto de una consideración especial, dado el legítimo interés que revisten para las comunidades indígenas en las cuales

se originan (Endere y Ayala, 2012). En el caso de ICOM, su Código de Deontología (2017) se refiere a ellos como «materiales culturales delicados», sugiriendo su tratamiento cuidadoso, acorde a las normas profesionales, creencias e intereses de las comunidades y grupos étnicos de origen, y teniendo como principio fundamental el respeto a la dignidad humana de todos los pueblos.

Tales consideraciones no siempre formaron parte de la tradición de los museos, instituciones con una fuerte carga colonial naturalizada en la visión científica y el enfoque etnográfico de los objetos (Marise, 2015). Solo a finales del siglo xx —y bajo la influencia de la «nueva museología», que incorpora de manera activa a las comunidades en los procesos de patrimonialización (Alonso, 2015)—, la valoración de derechos culturales, jurídicos y éticos asociados a los pueblos indígenas se expresó en un cambio de prácticas orientadas hacia políticas de reconocimiento (Calbucura, 2017). De este modo, el contexto global de redefinición del patrimonio indígena,

así como la discusión académica sobre los orígenes coloniales de la arqueología y de los museos, han repercutido a nivel internacional en una serie de transformaciones en la práctica arqueológica y en las estructuras museológicas tradicionales. (Sepúlveda y Ayala, 2008, p. 49)

De acuerdo con Ñanculef (2016), tanto los espacios funerarios como los rituales y objetos asociados a estos son considerados sagrados en la cosmovisión *mapuche*. Basándose en esta premisa, el Museo Regional de la Araucanía incorporó en su Política de Colecciones la recomendación de que, para el caso de objetos provenientes de contextos fúnebres localizados en territorios *mapuche*, se privilegie como acción prioritaria el reentierro, y no su incorporación a la colección patrimonial.

En este contexto, cuando en el verano del 2020 se presentó en el Museo uno de los familiares que participó de la extracción del *trolol* para ofrecer su donación, los profesionales de la institución nos vimos enfrentados a un dilema ético. Se trataba, efectivamente, de un objeto asociado a prácticas, rituales y creencias del pueblo *mapuche* en torno a la muerte, proveniente de un cementerio en uso y extraído de manera no regulada. Sin embargo, en conversaciones sucesivas, la familia ratificó su voluntad de que fuese el Museo el que lo cobijara y lo diera a conocer, «para que la historia se sepa, se conserve y pueda ser mostrada al público». Este deseo fue confirmado por

otros miembros y autoridades tradicionales de la comunidad Santos Curinao, quienes dieron su consentimiento en una ceremonia efectuada en el *eltun*, la cual fue precedida por un *llepipun*¹⁶.

Cabe mencionar que, a lo largo del proceso, se consultó a la familia y a los representantes de la comunidad acerca de la posibilidad de reentierro de la pieza en el mismo cementerio, alternativa que descartaron, expresando que su extracción había obedecido a motivos religiosos, fundados en el supuesto de que los restos del antepasado molestarían al occiso actual (Munita, 2020 Ms.): dado que el fallecido se sepultó bajo la doctrina cristiana, que privilegia la sepultura individual del cuerpo, es probable que la presencia de un depósito mortuorio de otro individuo en el mismo lugar haya sido interpretada como una situación disruptiva con las creencias católicas.

La destinación del artefacto a la colección del Museo Regional de la Araucanía¹⁷ fue ratificada por el Consejo de Monumentos Nacionales¹⁸. En su resolución, el organismo destacó el propósito manifestado por la familia donante de que el *trolof* pueda ser conocido y cumpla, así, una función educativa respecto de la cultura *mapuche*.

Conclusiones

El *trolof* es un artefacto fúnebre *mapuche* elaborado a partir de un tronco ahuecado, en el cual se deposita el cuerpo del difunto conforme a los preceptos de la religiosidad y cosmovisión de este pueblo. Está presente desde épocas prehispánicas hasta mediados del siglo xx, coexistiendo con otras modalidades de entierro, tanto de tradición indígena como occidental. El registro arqueológico y etnográfico documenta su uso diferencial en el tiempo: para épocas tempranas se describe su utilización funeraria en depósitos superficiales, con y

¹⁶ El *llepipun* es una ceremonia mapuche con carácter de rogativa, generalmente presidida por una autoridad tradicional. Tiene por finalidad generar las condiciones espirituales adecuadas para un evento o actividad específica, la cual puede tener carácter de solicitud o agradecimiento.

¹⁷ El *trolof* y su tapa fueron levantados del cementerio y trasladados al Museo Regional de la Araucanía en enero 2020. En esta actividad, además de la familia, comunidad y autoridades tradicionales *mapuche*, participaron como unidad responsable la Oficina Técnica Regional del Consejo de Monumentos Nacionales, bajo la supervisión de la arqueóloga Doña Munita; personal del Museo Regional de la Araucanía; y profesionales que colaboraron gratuitamente con el registro audiovisual y fotográfico.

¹⁸ De acuerdo con la evaluación en terreno efectuada por la Oficina Técnica Regional del Consejo de Monumentos Nacionales: «Se considera que los objetos (canoa funeraria y su respectiva tapa) corresponden a piezas arqueológicas, como Monumento Arqueológico declarado por el solo ministerio de la Ley (Ley de Monumentos Nacionales N.º 17288, art. 21), siendo recuperadas como operación de salvataje» (Munita, 2020).

sin cubrimiento, y a partir del siglo XIX parece generalizarse el entierro en fosas. Puede ser utilizado como contenedor del cuerpo (con y sin tapa) o bien como elemento protector, cubriéndolo con su sección cóncava. Las distintas expresiones de su uso funerario no sugieren la existencia de un único patrón, sino, más bien, variaciones de carácter local y territorial compatibles con un sistema de prácticas y creencias en torno a la muerte compartidas en toda el área *mapuche*.

En general, los *trolof* aparecen en contextos arqueológicos colectivos de sitios de cementerio, los cuales se corresponden con la escala, características espaciales y patrón de emplazamiento de los *eltun*; estos se presentan como espacios de inhumación tanto mono-, como multicomponentes, según la coexistencia o no de distintas modalidades de entierro. En su mayoría, los *trolof* se asocian a tumbas simples de carácter individual, aunque hay casos donde se registran entierros de, al menos, 2 individuos en la misma tumba, probablemente diferidos en el tiempo, bajo distintas modalidades (*urna-trolof*, *cista-trolof* y *trolof* dobles).

Se ha discutido la posibilidad de que los troncos excavados descritos y registrados en las prácticas funerarias del área *mapuche* correspondan a embarcaciones o canoas llamadas «*wampo*». Pese a que esta última denominación se ha generalizado en el uso oral para referirse a cualquier objeto elaborado a partir de un tronco ahuecado, la evidencia disponible hasta ahora indica que se trata de artefactos funcionalmente distintos, en consideración a que aquellos de uso funerario no poseen características formales compatibles con una embarcación.

Artefactos funerarios completos de este tipo no son comunes en los museos: el carácter fortuito de los hallazgos, las malas condiciones de preservación, la baja resolución del registro arqueológico y, en algunos casos, la decisión de no extracción o reentierro determinan que lleguen solo fragmentos, en condición de muestra científica. Cualquiera sea el caso, su tratamiento —al igual que el de otros materiales provenientes de contextos funerarios, que son sagrados según la cosmovisión *mapuche*— debe desarrollarse de manera sensible y delicada, observando respeto y atención a los derechos e intereses de los pueblos indígenas y comunidades, e incorporándolos de manera vinculante en las decisiones respecto de estos objetos. En el caso del *trolof* de Quintrilpe, su aceptación y destinación al Museo Regional de la Araucanía fue plausible en virtud de una intención explícita y del consentimiento tanto de la familia donante como de la comunidad de origen.

El registro de este artefacto con un alto grado de integridad aporta a la comprensión formal y tipológica de contenedores mortuorios especializados

elaborados a partir de un tronco ahuecado, permitiendo su distinción respecto de otros objetos fabricados con técnicas análogas. Además, documenta la persistencia cultural de las prácticas funerarias y creencias en torno a la muerte en el pueblo *mapuche*, aun en contextos de influencia e imposición de sistemas occidentales.

Agradecimientos

Mis más sinceros agradecimientos a la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural y a su subdirectora Susana Herrera; al equipo de Bajo la Lupa y a su coordinadora Daniela Mahana.

A la familia Millalén Saavedra, de la comunidad *mapuche* Santos Curinao de Quintrilpe, a los comuneros y autoridades tradicionales, quienes dieron su consentimiento para la entrega de la pieza al Museo Regional y colaboraron con valiosa información respecto del contexto y condiciones del hallazgo.

Al fotógrafo Gastón Calliñir Schifferli por los registros realizados de manera gratuita para esta investigación y publicación.

Al CNCR por su colaboración en recomendaciones de conservación.

A la arqueóloga Doina Munita y el equipo de la OTR de Consejo de Monumentos, Región de la Araucanía, por su participación en el registro en terreno y posterior gestión en el traslado de la pieza al Museo Regional.

A María José Rodríguez, conservadora, y personal del Museo Regional de la Araucanía.

Referencias

- Adán, L. y Mera, R. (2011). Variabilidad interna en el Alfarero Temprano del centro sur de Chile: El complejo cultural Pitrén en el valle central del Cautín y el sector lacustre andino. *Chungará*, 43(1), 3-23.
- Adán, L., Mera, R., Becerra, M. y Godoy, M. (2004). Ocupación arcaica en territorios boscosos y lacustres de la región precordillerana andina del centro-sur de Chile. El sitio Marifilo 1 de la localidad de Pucura. *Chungará*, 36(2), 1121-1136.
- Aldunate, C. (1989). Estadio alfarero en el sur de Chile. Hidalgo, J., Schiapacasse, V., Niemeyer, H., Aldunate, C. y Solimano, I. (eds.), *Prehistoria: Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista* (pp. 329-348). Santiago: Andrés Bello.
- Alonso, L. (2001). *Museología y museografía*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

- Augusta, F. (2017). *Diccionario mapudungún - español español - mapudungún*. Temuco: Ediciones Universidad Católica de Temuco. (Publicado originalmente en 1916).
- Bahamondes, F. (2009). *La cerámica prehispánica tardía de Araucanía septentrional: el complejo arqueológico El Vergel y su relación con la hipótesis del proceso de andinización*. (Memoria para optar al título de profesional en Arqueología). Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- Bahamondes, F., Silva, D., Campbell, R. (2006). La Candelaria: Un yacimiento funerario del complejo cultural El Vergel en el curso inferior del río Bío Bío. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (39), 69-85.
- Ballart, J. (2002). *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Barnsley, J. (2012). *A log boat burial from Burghfield: Recording, analysis and discussion*. S. l.: Department of Archaeology University of Reading.
- Bibar, G. (1966) Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile. Edición facsimilar Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago de Chile. (Escrito c. 1558).
- Bullock, D. (1955). Urnas funerarias prehistóricas de la región de Angol. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, XXVI(5), Santiago.
- Bullock, D. (1968). La cultura Kofkeche. *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción*, XLIII, 1-204.
- Cabezas, J. (2011). Entierro del cacique Cathiji en Panguipulli - 1835 [traducción libre de un texto de Claudio Gay publicado en el *Bulletin de la Société de Géographie*, 1844]. <http://culturalanco.blogspot.com/2011/02/entierro-del-cacique-cathiji.html>
- Calbucura, J. (2017). La construcción ético-política del pasado. *Perspectivas de la Comunicación*, 10(1), 237-258.
- Campbell, R. (2004). *El trabajo de metales en la Araucanía (siglos X-XVII d. C.)*. (Memoria para optar al título de arqueólogo). Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Castro, V. y Adán, L. (2001). Abriendo diálogos. Una mirada entre la etnohistoria y la arqueología del área centro sur de Chile: Asentamientos en la zona mapuche. *Werken*, (2), 5-35.
- Cooper, J. M. (1946). The Araucanians. En *Handbook of South American Indians* (vol. 2, pp. 687-760). Washington: Smithsonian Institution.
- Dillehay, T. (1990). *Araucanía: Presente y pasado*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

- Dillehay, T. y Saavedra, J. (2010). *Los valles de Purén-Lumaco y Liucura, Chile: Arqueología e historia cultural*. S. l.: Vanderbilt University Publications in Anthropology.
- Domeyko, I. (1846). *Araucanía y sus habitantes*. Santiago: Imprenta Chilena.
- Endere, M. y Ayala, P. (2012). Normativa legal, recaudos éticos y práctica arqueológica: Un estudio comparativo de Argentina y Chile. *Chungará*, 44(1), 39-57.
- Erize, E. (1960). *Diccionario comentado mapuche - español*. Buenos Aires: Instituto de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.
- González de Nájera, A. (1889). *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile*. Santiago: Imprenta Ercilla. (Originalmente publicado en 1641).
- Gordon, A. (1975). Informe sobre la excavación de una sepultura en Loncoche. *Boletín Museo Nacional de Historia Natural*, (34), 63-68.
- Gordon, A. (1978). Urna y canoa funeraria. Una sepultura doble excavada en Padre Las Casas. Prov. de Cautín, IX Región, Chile. *Revista Chilena de Antropología*, (1), 61-80. Santiago.
- Gordon, A. (1985). El potencial interpretativo de la fractura y perforación intencionales de «Artefactos Símbolos». *Chungará*, (15), 59-66.
- Gordon, A., Madrid J. y Monleón, J. (1972-73). Excavación del cementerio indígena en Gorbea (Sitio GO 3), Provincia de Cautín, Chile. En *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena (1971)*. Santiago, Chile.
- Hilguier, I. (1957). *Araucanian child life and its cultural background*. Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 133. Washington: Smithsonian Institution.
- ICOM. (2017). Código de Deontología del ICOM para los museos. Consejo Internacional de Museos (ICOM), París, Francia.
- Inostroza, J. (1984). *Estudio de tres formas de enterramiento en la IX región: Urna, canoa y cista*. (Memoria de título para optar al grado de arqueólogo). Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- Inostroza, J. (1985). Pitracó 1: Un cementerio tardío en la Araucanía. *Boletín Museo Regional de la Araucanía*, (2), 63-78.
- Inostroza, J. y Sánchez, M. (1982). Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas en el Cementerio Pitracó-1, comuna de Nueva Imperial, IX Región, Chile. *Actas del IX Congreso de Arqueología Chilena*. La Serena, Chile.
- Latham, R. (1924). *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*. Santiago: Imprenta Cervantes.

- Lenz, R. (1897). *Estudios araucanos. Materiales para el estudio de la lengua, la literatura i las costumbres de los indios*. Anales de la Universidad de Chile, (xcvii).
- Lira, N. (2007). *Canoas monóxilas en el centro-sur de Chile. Navegando sobre los árboles*. (Tesis para optar al título de arqueólogo). Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- Ñanculef, J. (2016). *Tayiñ mapuche kimün. Epistemología mapuche. Sabiduría y conocimientos*. Santiago: Universidad de Chile.
- Mcgrail, S. (1987). *Ancient boats in N. W. Europe: the archaeology of water transport to AD 1500*. Londres: Longman.
- Marise, F. (2015). Museos y ética. Un enfoque histórico y museológico. *Museos.es*, (9-10), 25-29.
- Martínez, M. A., Bustamante, J., López, J. y Burón, M. (2014). Las controversias de los «materiales culturales delicados», un debate aplazado, pero necesario. *Ph Investigación*, (2). 1-30.
- Menghin, O. (1962). Estudios de prehistoria araucana. *Acta Prehistórica*, III-IV, 49-101.
- Mera, R. y García, C. (2004). Alero Marifilo-1. Ocupación holoceno-temprana en la costa del lago Calafquén (X Región, Chile). En M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, *Contra viento y marea. Arqueología de la Patagonia* (pp. 249-262). Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología Pensamiento Latinoamericano.
- Moesbach, E. W. (1930). *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XX*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- Monleón, J. (1976). *Los araucanos etnohistoria y arqueología*. (Tesis de Licenciatura en Arqueología y Prehistoria). Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Chile, Santiago.
- Morales, R. (2002). *Territorialidad mapuche en el siglo XX*. Concepción: Instituto de Estudios Indígenas / Universidad de la Frontera / Escaparaté Ediciones.
- Mowart, R. J. C. (1996). *The logboats of Scotland*. Gran Bretaña: Oxbow Books.
- Munita, D. (2020 Ms.). *Informe CMN-Arqueo N.º 002/2020 Traslado txolof donado al Museo Regional de la Araucanía*.
- Navarro, X. (2004). Paisajes arqueológicos y territorialidad en la zona Centro Sur de Chile. Recuento actualizado de la historia prehispánica del área ubicada entre Tirúa y Valdivia. *Cultura, Hombre y Sociedad*, (8), 71-86.

- Navarro, X. y Pino, M. (1999). Estrategias adaptativas en ambientes costeros del bosque templado lluvioso de la zona mapuche. Una reflexión desde el precerámico. En *Soplando en el viento. Actas de las III Jornadas de Arqueología de la Patagonia* (pp. 65- 82). Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano y Universidad Nacional del Comahue, Buenos Aires-Neuquén.
- Núñez de Pineda, F. (1863). *Cautiverio feliz, y razón de las guerras dilatadas de Chile*. Colección Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo III. Santiago: Imprenta del Ferrocarril. (Originalmente publicado en 1673).
- Ocampo, C., Mera, R. y Rivas, P. (2004). Cementerios Pitrén en el bypass de Temuco. En *Actas del IV Congreso Chileno de Antropología* (tomo II, pp. 1462-1475). Colegio de Antropólogos de Chile, Universidad de Chile, Santiago.
- Pérez, A., Reyes, J. y Schuster, V. (2019). Una nueva modalidad de entierro humano directo del periodo Alfarero en la cuenca Valdiviana: El sitio arqueológico Siete Manzanos (Neuquén, Patagonia Argentina). *Arqueología iberoamericana*, (44), 28-38.
- Ponce, A. (2009 Ms.). *Rescate sitio Rafael Burgos cementerio mapuche histórico, comuna de Padre Las Casas, Región de la Araucanía*.
- Quiroz, D. (2001). Ocupaciones El Vergel en las costas de la Araucanía. En *IV Congreso Chileno de Antropología*. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.
- Quiroz, D. (2010). Ocupaciones El Vergel en las costas septentrionales de La Araucanía: Una secuencia cronológica por termoluminiscencia. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología* (tomo 1, pp. 441-450). Sociedad Chilena de Arqueología, Universidad Austral de Chile. Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Quiroz, D. y Sánchez, M. (2004). Poblamientos iniciales en la costa septentrional de La Araucanía (6500-2000 A. P.). *Chungará*, 36, 289-302.
- Raymond, J. (1971). Cementerio araucano de Membrillo. *Boletín de Prehistoria de Chile*, (4), 87-107.
- Robles, E. (1910). Costumbres i creencias araucanas. *Anales de la Universidad de Chile*, 126, 329-340.
- Rodríguez, C. y Saavedra, A. (2011). Cosmovisión mapuche y manifestaciones funerarias. En *Si Somos Americanos: Revista Estudios Transfonterizos*, XI(2), 13-38.
- Sánchez, G. (2020). Los quechuismos en el mapuche (mapudungu(n)), antiguo y moderno. *Boletín de filología*, 55(1), 355-377.

- Sánchez, M. (1997). El período alfarero en la isla Mocha. En D. Quiroz y M. Sánchez (comps.), *La isla de las palabras rotas* (pp. 103-131). Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile - Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Sánchez, M., Inostroza, J. y Sanzana, P. (1981-82). Informe preliminar de la excavación de un cementerio arqueológico en el Campus Andrés Bello. *Anales Universidad de La Frontera*, 171-181.
- Sanhueza, J., Pradenas, I. y Délano, P. (1988). Hallazgo de un cementerio histórico mapuche en Panguipulli, X Región de los Lagos. Chile. *Boletín del Museo Regional de la Araucanía*, (3), 87-96.
- Sepúlveda, T. y Ayala, P. (2008). La exhibición de cuerpos humanos en los museos: Una reflexión a partir del caso de San Pedro de Atacama. *Revista Museos*, (27), 49-56.
- Subercaseaux, F. A. (1888). *Memorias de la campaña a Villa-Rica 1882-1883*. Santiago: Imprenta de la Librería Americana.